

REVISTA LITERARIA MENSUAL

18 DE JULIO 535

MERCEDES URUGUAY

Fundadores:

H. Peduzzi Escuder, M. L. de Klingler, W. Lockhart

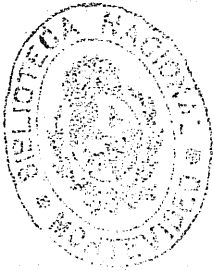
Directores y redactores responsables.

Marta Larnaudie de Klingler, Washington Lockhart

Comité de Redacción:

Doelia Citera Faroppa, Angela Rocca Saldafia, Alfonso Klingler

Contra las actitudes dilatorias



... Pero es preciso saber también qué esfuerzo tremendo es detenerse, cuando todo gira en rededor en un vértigo turbio; qué sobrehumano poder exige el don de pensar libre de insinuaciones y amenazas y qué sacrificio requiere el andar por los propios pies no siendo para agredir y dominar: mas para conquistar y enseñar libertad.

Cecilia Meireles (Rev. «Escritura» N.º 3 pág. 9)

VVIVIMOS inmersos—puntualizamos sucintamente un hecho—por prescripción de la época, con sus costumbres, sus normas y rectorías consagradas, en un repertorio común de problemas, de los modos admitidos de plantearlos y de los modos usuales de solucionarlos. Resulta cómodo y en cierto sentido útil, someterse a esas estabilizaciones básicas, no comprometiéndose demasiado en derivaciones o ahondamientos que amenacen desquiciarlas; pero no por eso dejarán de presionarnos aquellos problemas por cuya postergación renunciamos a prerrogativas indeclinables del hombre responsable de su destino; problemas por los que se ha de dilucidar, bajo el apremio de hondas inquietudes, el origen de las relaciones esenciales que se establecen entre nuestra conciencia de existentes y las estructuras con que el mundo intenta aherrojar nuestras modalidades propias.

MIENTRAS no procuremos adelantar esa toma de conciencia por la cual habremos de capacitarnos para la asunción responsable de nuestras mejores posibilidades, no estamos sino dispersándonos y agotándonos en un divagar inconsistente, sometiéndolo a nuestros más profundos intereses al influjo de corrientes y modas impersonales. Aun cuando creamos entonces intervenir en las situaciones planteadas como propulsores dinámicos, mezclándonos a sus corrientes preponderantes, estamos a lo sumo sirviendo de fútil comparsa a intereses insidiosos que se aprovechan de nuestra cortedad de miras para comprometernos en sus empresas espurias y en sus artificiales disyuntivas. Se suele otorgar mediante éstas un sucedáneo inocente a nuestro afán oscuremente inderogado de intervención activa, ofreciéndonos alternativas que a

despecho del calor con que son adoptadas por quienes se someten a ellas ingenuamente, no afectan—y en consecuencia reafirman—los supuestos que condicionan la situación actual. (Y con ellos, la estabilidad social de sus aprovechados usufructuarios). Nos extraviarnos, al complicarnos en esas situaciones bastardas, en conflictos insustanciales, reyertas domésticas, juegos de pasiones sofisticadas, sobre un fondo intocado de prejuicios e intereses dominantes. Renunciamos con ello al más noble ejercicio de nuestra libertad; aquel por el cual reconociendo la existencia de los límites con que la situación de hecho condiciona nuestra actividad, enjuicamos personalmente su legitimidad, recobrando de esa manera el inalienable privilegio de replantear la validez de los nexos condicionantes de nuestra efectividad mundana, de confrontar, sin intermediarios oficiosos, las circunstancias en que vivimos con nuestras particulares razones de vivir.

TAL como suele plantearse bajo la solapada instigación de aquellos a quienes no puede convenir que las cosas transcurran de otro modo, el problema de la libertad queda reducido a inquirir el mejor modo de delegarla, en instituciones o en jefes pretensamente «representantes», de modo que cada cual, por esa cómoda—e injustificable—trasposición, no sienta la necesidad de ejercerla, viviendo despreocupadamente—así lo quisieran ellos—de sus hipotéticas rentas; comensal resignado de esas migajas que se le conceden entre frases de relumbrón y recompensas simbólicas. Como decía Jean Prevost: «Es un solecismo del gobierno llamar heroísmo a la obediencia de los subalternos». Toca a nosotros advertir los móviles de esas «inocentes» infracciones gramaticales.

LAS resistencias que oponen las realidades circundantes, debemos sin embargo establecerlo, son, merced a la escala de valores de que nos proveen provisoriamente, la condición necesaria para que nuestras determinaciones se establezcan y se abran un camino factible hacia su liberación. La libertad no puede ejercerse en el vacío; debe aceptar esas condiciones exteriores, incorporarlas a su sentido para sobreagregarles entonces su impulso creador. Su expansión requiere un previo afinamiento; aceptar la convención es el requisito inicial para quebrantarla; lo demás es bravata pueril de revolucionario gratuito, es perder contacto con la realidad que se pretende derogar y en consecuencia, disolver el yo en una actividad vacua y sin sentido. Aunque no sea sino por meras razones de higiene mental, debemos comenzar por adscribirnos a las corrientes en boga sin que ello signifique que debamos desvirtuar nuestras más preciadas vocaciones en un compromiso exhaustivo con las potencias que se nos oponen.

EL peor fracaso a que nos abocamos entonces es el que podamos sufrir ante nosotros mismos, cuando inficionamos la raíz de nuestras más personales resoluciones, haciéndonos cómplices de las inmoralidades en uso, yendo en pos de beneficios que sabemos vanos, aquiesciendo a satisfacciones que nos alejan de nuestras más legítimas certidumbres. Vivir requiere la valentía de renunciar a garantías materiales y éticas que disimulen los abismos que nos va abriendo el existir, así como también rechazar la escapato-

ria anonadante del escéptico o del vividor inconsistente. Solo puede admitirse en verdad que vivimos, si aceptamos la tensión y el renovado conflicto que apareja, la incertidumbre y complejidad de cada instante. Nadie podrá sostener sensatamente que conflictos cruciales como los planteados por ejemplo por las prédicas de Jesús, se hubieran prevenido instituyendo un seguro contra la desocupación. No es que seamos insensibles a los problemas actuales, sino que creemos que éstos no residen donde una apreciación parcial cree percibirlos; no ha de ser en todo caso en los pormenores y accidentes que vaya sufriendo nuestra capacidad adquisitiva. No pretendemos ignorar que haya quien deba soportar esos avatares con más pena que la deseable; creemos, por otra parte, que es mucho lo que se puede hacer para que desaparezcan algunas de las causas externas de ese estado de cosas; pero nos negamos a sobreestimar un drama que, en la gran mayoría de los casos, se origina en un complejo indiscriminado de ambiciones y envidias. No damos derecho a deducir de lo expresado un desdén reaccionario hacia los desamparados de la fortuna, como lo habrán de hacer quienes se hayan acostumbrados a corear ese sentimentalismo hipócrita, con el cual los verdaderos explotadores creen limpiar su conciencia de culpas inconcesas y conservar así un crédito aprovechable para su sedicente honorabilidad. Ese tan decantado dolor de los relegados, sea dicho sin enfemismos, nace tanto de la usurpación inescrupulosa de hábiles logrerros, como de la envidiosa avidez de los que no se cansan en sentirse injustamente postergados; tanto del deseo desmedido de adquisición, desorbitado y excitado en unos por las posesiones ya alcanzadas, como del resentimiento malévolo de los otros que no les permite gozar de su inexpugnable condición humana. Es demasiado evidente, para creer que en el problema económico se fundamentan todos los demás, como el desheredado que cultiva su limitado huerto, alcanza una plenitud y una firmeza moral que no puede alcanzar quien se inclina hacia su plato con la mirada puesta en el del vecino. Los agitadores vacuos llaman inconciencia a aquella elevación de miras; el seguir trabajando nueve horas cuando el vecino trabaja siete; el conformarse con un aumento del quince por ciento cuando el vecino consigue el veinte. Sean en mala hora esas injusticias, de todos modos lamentables, pero no contribuyamos excitando desmedidamente esas oposiciones a crear por ellas almas enfermas y deformes. Cien años de doctrinas de materialismo histórico y de positivimos estrechos, harán posiblemente aparecer inoportunas estas recomendaciones, méxime sabiendo que aquellos que podrían comprender, no necesitan afortunadamente de esas prédicas. Para los otros, para los desgraciados peticionantes que consumen sus horas libres en pujas inesenciales y en solicitar más amplios créditos para sus apetitos inferiores, pidamos solo que a fuerza de desilusiones, sobre todo de la desilusión de esas vanas mejoras (?) que persiguen, vayan recuperando la conciencia de esa dignidad humana por la que el gozo de crear, olvidando sinsabores circunstanciales, constituye su ámbito incontaminado.

NO se nos repita aquí el grosero sofisma de que esas pujas enfermizas son medios ocasionales para facilitar el acceso a actividades más desinteresadas; quien aspire de veras a esos altos fines los perseguirá desde un principio; quien ama esos excelsos desarrollos no admite dilaciones, ni espera

para abocarse a ellos el fallo de un consejo de salarios. No hay vacaciones para el espíritu. Pero si, en un acceso de debilidad gástrica, recae en esas luchas de reivindicación «clasista» o como quieran que se llamen, téngase por seguro que no saldrá indemne de esas algaradas; quien orienta su acción hacia objetivos inferiores, va perdiendo gradualmente el sentido de los verdaderos valores, permanece polarizado con ese estrato de lo que pudo creer provisorio combate, con sus facultades asordinadas para siempre. No es sin sufrir las consecuencias que el alma emprende tareas indignas; en lo sucesivo no podrá prescindir de los modos de pensar que adoptara; aunque resultare victorioso y rico, se perdería en un mundo vacío, con sus verdaderas riquezas desvanecidas en el logro.

ENTRE tantas conspiraciones veladas y capciosas como las que estos intereses vergonzantes urden en torno a nuestra efectividad espiritual; entre tantas formas y persistencias a que nos instan las consagradas rectorías, nos corresponde restablecer con el «obstinado rigor» de Leonardo, esa acción lúcida e independiente que se pretende invalidar. En todo caso, antes que deambular seguros y respetados por las transitadas conveniencias y las conocidas vaciedades, habremos de preferir, atentos a la siempre posible promoción de nuestro destino, un intrépido arrojarse a esas tinieblas sobrecoedoras que, fuentes de toda íntima revelación, enmarcan el asombro del existir.

W. L.